

Huerta G., Arturo. **La política neoliberal de estabilización económica en México. Límites y alternativas**, México, Editorial Diana, 1994, 228 pp.

El autor ofrece un texto que enriquece la polémica y la crítica en torno al modelo neoliberal; en el primer ensayo Huerta aborda los logros y vulnerabilidad de la política de estabilización de Salinas, destacando, que la política de ajuste instrumentada por De la Madrid no pudo hacer compatible el ajuste fiscal con una balanza de pagos sana, además de que la reducción de la inflación y el superávit fiscal se lograron sin tener factores endógenos favorables, por lo que se acentuó la dependencia de los flujos de capital externo.

En 1992 se alcanza el saneamiento de las finanzas públicas mediante la reducción del gasto y la inversión gubernamentales, las reformas monetaria-cambiaría, el ajuste patrimonial, la reducción de las tasas de interés nacionales e internacionales y a la renegociación de la deuda externa.

Esta política marginó obras de infraestructura, sectores estratégicos y desarrollo tecnológico. Los recortes al gasto público deterioraron la planta productiva y los niveles de productividad necesarios para que la economía y los salarios reales crecieran; la disminución de la inflación y el saneamiento de las finanzas públi-

cas no impulsaron el crecimiento económico, pues la estabilidad monetaria no se sustenta en factores productivos y competitivos endógenos, sino en un tipo de cambio fijo basado en la privatización y la entrada de capitales de corto plazo.

Para Huerta el transitorio ajuste fiscal no ha contribuido tampoco a estabilizar la economía, pues se alcanzó a costa del déficit externo y marginando el crecimiento, al descansar en la entrada de capitales que se canalizan a la esfera financiero-especulativa, no a la productiva.

La estabilidad cambiaría nominal y el saneamiento de las finanzas públicas no están garantizados más allá del corto plazo, debido a las fuertes presiones del déficit de cuenta corriente sobre la tasa de interés y el tipo de cambio, por lo que el gobierno acentúa su política contraccionista. Huerta afirma que el Banco de México no puede consolidar el superávit público, pues no controla ni la tasa de interés, ni el tipo de cambio —factores clave de las finanzas públicas.

El segundo ensayo se refiere a la política cambiaría antiinflacionaria, el autor apunta que en 1987 aparece una reforma monetaria sustentada en la paridad cambiaría nominal fija, con un posterior deslizamiento menor al diferencial de precios entre México y Estados Unidos; esta reforma fue posible por el gran flujo de capitales, que provino de seguras

condiciones de confianza y rentabilidad.

Dado que la inestabilidad de la inflación depende de las expectativas de quienes controlan el capital, para estimularlos se ha liberalizado la economía, además de otros factores de atracción, entre otros: privatizaciones, el Tratado de Libre Comercio (TLC), ajuste fiscal y política cambiaría antiinflacionaria; en esta política destaca la sobrevaluación del peso, que desprotege la competitividad e impacta negativamente el empleo, los salarios reales y la balanza comercial; además la apertura externa generalizada ha llevado a la crisis a los productores nacionales que pudieron enfrentar la competencia, en un contexto desfavorable: insuficiente capacidad productiva, ausencia de condiciones financieras internas que impulsaran un proceso de modernización y un tipo de cambio no competitivo.

La situación descrita se agrava cuando ocurren cuatro situaciones:

a) gran parte del déficit comercial es de los sectores no integrables con Estados Unidos; b) las exportaciones no crecen debido a problemas económicos de ese país; c) son menos optimistas las expectativas de integración económica con dicho país; d) el dólar fluctúa en el contexto internacional y hay expectativas de aumento en la tasa de interés de Estados Unidos.

La competencia externa es el tema del tercer ensayo, el autor afirma que ante el fracaso de la política del gobierno de De la Madrid para alcanzar el crecimiento económico con estabilidad de precios, el gobierno de Salinas trató de lograr tales objetivos a través de un flujo creciente de recursos externos, además se incrementan las privatizaciones, la desregulación, la liberalización y la integración económica con Estados Unidos. Por ello las negociaciones del TLC se insertan en una liberalización poco productiva y rezagada, sin una política industrial y crediticia.

Es erróneo pensar que la apertura comercial modernizaría la economía, debido a que la proporción de bienes de capital en las importaciones no ha crecido desde 1983 y a que las importaciones que han aumentado son las de bienes de consumo.

Los sectores público y privado no se han articulado para modernizar y hacer competitivos a la industria y a la agricultura; tampoco los industriales han hecho esfuerzo alguno por modernizarse ni por mejorar la capacitación de la fuerza de trabajo para ser más competitivos, en parte porque —en el contexto de la apertura comercial— no parecen ser muy optimistas las expectativas de largo plazo.

La entrada de capitales tampoco ha dinamizado la inversión produc-

tiva ni la actividad económica, ya que el contexto actual genera mejores condiciones de rentabilidad e inversión en el ámbito especulativo. Estos capitales —antes de crédito— ahora son de cartera en cuanto a las llamadas ventajas comparativas —mano de obra barata, recursos naturales y localización—, existe una alta vulnerabilidad frente a desarrollos tecnológicos de Estados Unidos.

Una consecuencia de esta situación es el cambio de un superávit comercial externo a un déficit comercial y de cuenta corriente entre 1987 y 1992, Huerta advertía que en el momento en que el déficit externo no pueda ya ser financiado con el flujo de capitales, aumentará el riesgo cambiario, y la fuga de capitales anulará los esfuerzos de estabilización.

En el cuarto ensayo el autor esboza una propuesta de política de estabilización y crecimiento sostenido con distribución del ingreso. Propone una estrategia de desarrollo que permita alcanzar la consistencia macroeconómica indispensable para disminuir la inversión e incrementar la inversión de largo plazo.

Huerta sugiere políticas de regulación sobre el sector externo y así restringir las importaciones innecesarias; también sugiere una reforma financiera para disminuir las tasas financieras y alargar los plazos de depósitos y créditos a fin de incre-

mentar la inversión productiva en forma sostenida.

Acerca de la reforma fiscal, propone reconstituir el papel regulador y ordenador macroeconómico del Estado. Esta reforma se considera importante para reactivar la economía y mejorar la distribución del ingreso, incentivando la inversión productiva, desestimulando la especulación y alentando la producción de los sectores altamente deficitarios, entre otras medidas.

En materia de financiamiento, se recomienda una política de largo plazo, en la cual se incluyan créditos baratos, estabilidad de precios, estimular a las empresa para que apliquen sus excedentes a proyectos de inversión; es necesaria una nueva articulación al sistema financiero internacional, evitando que la entrada de capitales se canalice hacia la especulación y el financiamiento de importaciones innecesarias.

El autor también sugiere que la interacción entre los sectores financiero e industrial no se deje a las fuerzas del mercado: deben crearse mecanismos institucionales para asegurar el crecimiento económico. En este sentido propone revisar las políticas comercial e industrial para otorgar subsidios y facilidades a la producción de bienes comerciables.

Por otro lado, considera necesario lograr una paridad cambiaria que estimule las exportaciones, sin

incurrir en la inflación ni propiciar fuga de capitales.

En el libro se propone reprogramar la apertura en función de la productividad y de modernización de la planta productiva, articulando políticas arancelarias, derechos compensatorios, políticas antidumping y subsidios —tal como lo hacen los países desarrollados.

Respecto a la política cambiaria, se afirma que es necesario eliminar la sobrevaluación de manera paulatina, acompañada de políticas industrial y crediticia que estimulen la inversión productiva.

Huerta reitera la importancia de un mercado interno fuerte y de una mejor distribución del ingreso para atraer inversiones. Esto implica in-

crementar los salarios reales y el empleo, elevar la productividad y el crecimiento de la economía en su conjunto; debe revisarse el TLC, mismo que no asegura articulaciones industriales favorables a la economía, el empleo y la balanza de pagos.

Por último, plantea que, para superar los problemas que el Estado y el mercado no han resuelto, es preciso redefinir sus funciones, contando con una administración pública eficiente. Se requiere de una participación efectiva y selectiva —de un Estado democrático— en la economía, que puede comprometerse con los objetivos nacionales de crecimiento económico y estabilidad con distribución del ingreso. CARLOS JAVIER MAYA AMBÍA
